Rafael Cabanillas Saldaña

Enjambre

editorial
cuarto
centenario

De la edición © Editorial Cuarto Centenario
De los textos © Rafael Cabanillas Saldaña
rafaelcipt@gmail.com

Edición: Editorial Cuarto Centenario
Diseño y Maquetación: IMP Comunicación
Impresión: AGSM Artes Gráficas

ISBN: 978-84-122070-5-7
Depósito legal: D.L. TO 199-2021

Editorial Cuarto Centenario: C/ Laurel Real, 6 (Valparaíso) 45080 - Toledo
www.cuartocentenario.es

Impreso en España - Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

FSC www.fsc.org MIXTO Papel procedente de fuentes responsables FSC® C119867

El Enjambre 9
El teléfono 17
Tiresias 23
El reloj y las cabras 29
Ordeño y cena 35
La escuela 41
Sophia Bayker 47
Scheherezade 55
Desde la distancia te quiero 63
Alma 71
Aullidos a la luna llena 81
Brunillo y las pieles de los chivos 87
Castrar colmenas 97
Candela 105
El encuentro 117
La culebra gigante 127
Besos 145
Limpiador de pintadas 157
Gafas nuevas y esperanza 169
Palabras en clave 177
Rimski 193
Más cazador que maestro 203
Menta y poleo bajo el verde del cielo 215
La felicidad está en una nube 227
Malamoneda 235
Paula 247
Glosario 268

A Muna, que crecía en la barriga de su madre mientras su abuelo construía –moldeaba el barro, amasaba– este relato. A sus padres, Rafael y Libertad, que la crearon.

Los libros y los instrumentos musicales tienen alma. El alma que se ha ido dejando el propio autor, el lutier de los cuentos, al escribirlos. Manos tallando la madera, destilando un gota a gota de letras, hilvanando las palabras, tejiendo las historias. Como si en esa transmisión se le fuera poco a poco parte de su vida para entregársela a la persona que llega.
Alma y esperanza para la vida nueva.

Triste paradoja la de esta tierra,
llamarse Enjambre y estar vacía.

“

Lo peor no es irse, sino no saber cuándo regresar.

”

El Enjambre

La mañana se ha puesto plomiza. De un gris mercúrico. Desde lo alto de la sierra, las nubes aparecen señoriales, henchidas, dueñas de las cumbres, para dejar caer sobre el valle una luz tenue, apagada, del color de la ceniza. La sierra se llama de Altamira. De mirada tan altanera, sí, que parece que el cielo con sus pájaros y sus nubes gordas y la tierra con su monte espeso y sus hombres fueran dos universos opuestos. Ese cielo soberbio, tan alejado de las penurias del suelo.

Aunque tuviera otra marca, eso no importa, porque el viejo trasto que timonea el alcalde de Anchuras para ellos es un *Land Rover*. No existe otro vehículo –por no haber, ni siquiera hay un tractor, aunque sobran carros, arados y caballerías–, que no sea un *Land Rover*. Salvo los de las fincas y el del herrero, al que ha acoplado un remolque con una bola de acero. Cuando los vecinos necesitan desplazamiento, avisan a un taxi que viene del Horcajo y los lleva a la capital o adonde se tercie. El coche está para el arrastre, para el desguace, pero sigue vivo. Una metáfora de la gente que puebla estos montes: decrépitos, abandonados, con mil achaques y fatigas, pero resistentes. Insensibles a la precariedad y al desánimo. Quizás porque sea algo ya congénito. Cronificado desde hace un tiempo, cuando las ilusiones, los planes de futuro, los deseos de mejoras y

cambios, han desertado con los más jóvenes a los extrarradios de las ciudades. Aquí se ha quedado, con un poso de inevitabilidad, esa especie de resignación tolerada, bonachona e imperturbable: el que quiera mudanzas y alborotes que se vaya a la ciudad o a la guerra a pegar tiros. Una excusa irracional, a la defensiva, para los que decidieron quedarse en esta trinchera del olvido.

Podían haber viajado en el coche del ingeniero de la *Telefónica*, pero Valeriano, el alcalde, ha preferido ir en este cacharro. A pesar del ofrecimiento del señor ingeniero, que se ha desplazado desde la capital. La capitaleja de provincia. Don Arcadio por aquí, don Arcadio por allá… Cuestión de orgullo institucional. Pobres, pero con la dignidad intachable. Deben recorrer diez kilómetros de estrecha carretera llena de curvas y luego tomar el desvío por el camino de tierra que se prolonga unos siete. En el cambio del asfalto a los baches y las piedras, el viejo trasto vibra con un traqueteo de chapas y puertas. Como si fuera a deshacerse vivo y a quedarse desnudo, mostrando obscenamente su esqueleto metálico. Un amasijo de hierros que para su conductor lo conforman el motor con su tantas veces nombrada junta de culata, la caja de cambios, el diferencial, las ballestas y las zapatas. El resto, sólo chapas. Inservibles chapas. Algunas sujetas con cuerdas y tornillos con arandelas de extravagante procedencia: recortes de latón, madera o corcho, tapones machacados de botellines, monedas de dos reales.

El traqueteo no es que impida hablar, porque no hablan. Que cualquier cómplice vale para no verse obligados a soltar una palabra, cuando el que manda es el silencio, el mutismo de la gente de estos montes. Las mismas nubes que doblegan y amansan el valle con esa luz depauperada y ruin, son las que a la noche lavaron la montaña con su cabellera de agua. Pues eran rachas, cortinas de lluvia lo que han estado soltando sobre el bosque. Con tal virulencia, que el jaral se columpiaba como las olas, convertido en un mar de jaras. Ahora las encinas y los quejigos, los alcornoques y los rebollos, los abedules, acebos y tejos de la umbría, los brezales, los majuelos y las madroñas, se han lavado la cara y resplandecen combatiendo contra esa luz tacaña, cicatera, para mostrar sus colores avivados por el agua. Si saliera el sol e

iluminara con sus rayos el valle y la sierra, sería un espectáculo maravilloso. Un milagro de color, de luz y de vida. Pero el sol no sale, ni saldrá en unos cuantos días. El tío Humero, el pastor al que todo el pueblo consulta cuando hay dudas en la predicción meteorológica, ha sido taxativo: el temporal durará cuatro días. Hasta el jueves, Dios mediante. Y estamos a lunes. En cuanto deje de llover, bajan las temperaturas y hiela. Que estamos en febrero: a la noche, hielo. A pesar de que febrero sea un mes fulero, un día sol, otro brasero. Interesa saberlo por cuestiones domésticas y logísticas, y ante la duda acuden al tío Humero: sacar o no las pieles de los chivos al raso para que las oree la escarcha, no vaya a ser que se pudran en el establo con tanta agua. Que estamos *aguachinaos (1)* de lluvia. Pues hasta para la lluvia el reparto en estas sierras es injusto: diez meses de secano y dos de agua. Visto el interés y la importancia del asunto, el tío Humero deja su quehacer, le pille en el corralón de las cabras o en medio de la sierra, y echa una lumbre sin soltar palabra. Cuando el humo empieza a ascender y ya caracolea al baile del viento, el tío Humero saca de su zurrón una petaquita de cuero, la abre e introduce meticulosamente los dedos tomando un puñadito de polvos. Después tararea una especie de rezo incomprensible, el salmo del hombre del tiempo, y los suelta encima de la lumbre. Al instante, tras un fogonazo, sale un humo denso, muy negro, que la lumbre escupe al aire como si se ahogara, hasta elevarse por el cielo. Cuando la lumbre vuelve a su humo gris y el pastor al silencio, se gira hacia el demandante y dicta su previsión meteorológica. Su sentencia de lluvia, de sol, de granizo o de viento. Nadie conoce el origen de esos polvos, aunque a su espalda especulan y cuchichean si será un mineral de las entrañas de la tierra, unas sales, unas hierbas. O las vísceras secas y machacadas con su sangre renegrida de algún bicho diabólico: murciélago, cuervo, sierpe o topo. Ganas de hablar, pues el tío Humero no suelta prenda y con seguridad, por la falta de descendencia, se llevará su secreto a la tumba. Pero siempre acierta, vaya si acierta.

(1) Ver glosario al final de la novela.

El camino de los siete kilómetros conduce a la pedanía del Enjambre. Un anejo de Anchuras en el que ya sólo viven dos familias. La del tío Jacobo y la de Eustaquio. El resto se han marchado. Poco a poco, en un goteo incesante. El gota a gota del que se va desangrando y palidece, igual que el tiempo y el abandono amarillean la cal de las paredes de sus casas. Si la tristeza tuviera color, podría ser ese amarillo macilento, amarillo de cera y de palidez de muerto. Casas a las que han echado el cierre, con la llave gorda, sin saber cuándo volverán a abrirse. Lo peor no es irse, sino no saber cuándo regresar. En el camino, los baches se han llenado de lluvia y son ahora profundos charcos de agua turbia, espesa y anaranjada. El naranja de la tierra, que el coche va sorteando como puede y, cuando no lo consigue, las ruedas desbaratan el reflejo del cielo en el agua. Por eso digo timonel navegando sobre los charcos de nubes argentadas. A derecha y a izquierda monte, monte y más monte. Con algunos ranchos de cereal que ya verdea, recio y tupido más de una cuarta. Mezclados con unos cuadros de olivos verde plata, por aquí y por allá, recortados e incrustados en el paisaje como piezas de un rompecabezas. Igual que algunas tiras marrones y grises, sucias y moteadas por cuatro matas, que los labriegos han dejado de barbecho para que la tierra descanse y se cure de las heridas de la reja del arado. El barbecho es el pulmón que oxigena la tierra, la cama para su respiro, libre de siembra. Entre las jaras, igual que culebrillas, múltiples veredas del trajinar de las cabras y algunas claras con el terreno ronchado donde los animales sestean su rumiar pausado. Postueros, les dicen por aquí.

A finales de los 70, con la llegada de la Democracia, trajeron al Enjambre el agua. Vinieron las dos parejas, corriendo por su ley o terreno natural: la Democracia y el agua. El agua corriente para las casas. Porque frente a la iglesia ya había un pilón de piedra en el que bebían los animales y las personas llenaban sus cántaras. Por lo que se recuerda, lo del agua corriente fue en el año 77. Canalizaron el manantial de la Garganta, lo bajaron hasta un depósito de piedra, bien rebozado de cemento en sus tripas, que habían construido en la solana, y desde ahí distribuyeron los tubos a las casas de los vecinos que lo demandaban. Su nombre completo,

con apellido, es Garganta de las Lanchas. Entonces vivían cuatro familias. Pero fueron doce los que solicitaron el agua, porque aunque hubieran emigrado a la gran ciudad querían tener el agua en sus casas. Bendita señal. Esperanzadora, así sobrevivía el deseo de regresar algún día al pueblo. El regreso del exilio por mor del agua. Esperanza líquida de agua. Como el manantial de la Garganta era abundante y corría uniforme tanto en verano como en invierno, pues venía de las entrañas profundas de la montaña, los gobernantes de entonces decidieron no poner contadores y, por tanto, no cobrar el agua. El tío Jacobo, el vecino más viejo, pastor de oficio, quesero y mielero, que para explicar los enigmas y secretos de las cosas le gustaba poner ejemplos de la naturaleza, decía que el manantial de donde brotaba con fuerza el agua debía de ser dentro de la tierra más grande que el pantano del Cíjara. Un embalse que él vio una vez y le impresionó de tal manera que todos los ejemplos de lo grandioso, de lo descomunal, pasaban por asemejarse a ese pantano. Así, también, demostraba ser una persona de mundo, *corría* y viajera, aunque todos supieran que lo único que había visto en su vida fuera ese gigantesco embalse. Pero cierto es que la bolsa interior de agua de ese manantial, su panza o barriga, era fabulosa: en cientos de años, según habían ido contando los más viejos a los más jóvenes, no había menguado ni una gota. Por eso les pusieron el agua gratis: ni contador, ni pesetas. Sin conseguir vaciar ni un ápice esa balsa colosal del vientre de la tierra.

La luz llegó tres años más tarde, por el 80. La luz eléctrica, que la de candiles, teas, carburos, lámparas de aceite, velas y linternas, era la común en la lobreguez de esa sierra. Velas muchas, de la cera de las colmenas. Las autoridades, según dijeron en una reunión en Anchuras para pedir el voto de los parroquianos, querían sacar a las gentes del Enjambre de las tinieblas. Es decir, hablando en plata, llevarles la luz eléctrica. Que los políticos, cuando quieren convencerte de algo, mayormente para que les des el voto, hablan igual que los curas. Muy redichos y zalameros, los unos y los otros. Después…, si te he visto no me acuerdo. Pero como explicó nuevamente el tío Jacobo, el agua corre sola por su caída natural, pero para traer la luz eléctrica hay que clavar en la tierra muchos postes

y enganchar en ellos los cables que llaman el tendido. Y da igual que sea cuesta arriba que cuesta abajo, que para la electricidad no cuentan repechos ni despeñaderos para seguir la línea. A la luz, insisto por ser cosa curiosa, mágica y sobrenatural nunca vista, le da lo mismo que el terreno se ponga bravo y pino. No menos de cincuenta postes por kilómetro, recios como troncos de rebollos y tan altos como un chopo. Primeramente se discutió si sería mejor traer la acometida de Anchuras o del otro lado de la sierra: Piedraescrita, Navaltoril, Robledo del Buey. Discutir discutieron los técnicos, que les dicen peritos o *péritos*, dependiendo si el que lo nombra es de hablar fino o de pueblo, porque a los pastores se lo dieron todo resuelto. Por lo que el tío Jacobo, continuando con sus cábalas, añadía que si la traían de Anchuras eran quince kilómetros en línea recta y, por tanto, setecientos cincuenta postes. En línea recta, ciertamente; pero igual que si fuera un bosque si se colocaran apiñados. De decidirse por cruzar las cumbres de Altamira, el cálculo se complicaba al pasar sobradamente del millar. Sin contar las dificultades de trasegar por las alturas con sus pedrizas y *riscaleras*. Eran cálculos modernos, porque aunque el tío Jacobo rondara los setenta años de edad, prefería hablar de kilómetros y no de leguas, como le enseñara su padre. De toda la vida de Dios se había dicho que del Enjambre a Anchuras había tres leguas y media. Según relataba, prefería el kilómetro porque es una medida de longitud exacta. La legua, contrariamente, señala la distancia que recorre una persona, a pie o en cabalgadura, durante una hora. Explicado así, no parece muy riguroso, proseguía, pues no es lo mismo ir a pie que a caballo, en mula, en carruaje o ser cojo. Como no es lo mismo andar en solitario que en compaña, que dándole a la sinhueso se alivia el aburrimiento pero no el terreno. Y a pesar de acabar discutiendo con su difunto padre, creándole cierto desasosiego y remordimiento pues el viejo decía que no hablar de leguas era faltarle al respeto, el joven Jacobo siguió utilizando el kilómetro. A pesar de que él lo llamara *kilometro*, con el acento en la *e*, ya que veía en ello una irrevocable muestra de adelanto y de progreso.

La luz eléctrica sí la cobraron, y bien que la cobraron. Que para eso colocaron unos buenos contadores en las puertas con unos números en blanco y negro y una ruletilla que no paraba de dar vueltas. Como un molinete diabólico, sin descanso. Con la primera factura, entre que no le tenían cogido el cálculo ni el tranquillo al consumo y venía acumulado de varios meses, al tío Jacobo casi le da un soponcio y, con el arrebato, las ganas de arrearle un estacazo con la garrota al artilugio y dejarlo tieso. Pero lo dicho de la resignación: pagó la factura y enfundó el garrote, por respeto. Ley, orden y respeto. Y dejarse de problemas y conflictos. Aunque el gasto se redujo al mínimo: un par de bombillas en el establo para ordeñar cuando se echaba la noche tan a priesa, dos más en las alcobas y otra en la cocina de la lumbre que más que luz daba tiniebla. Televisión no tenían ni esperaban contar con ella porque no había señal por falta de lo que llamaban repetidor, que era una antena gigante, *reonda* como un embudo metálico, que se debía colocar en lo alto de la sierra.

La radio que gastaba Tiresias, el hijo de Jacobo, funcionaba con dos pilas de petaca unidas exteriormente al aparato con varias vueltas de esparadrapo renegrido y áspero. Después de tres años, pues una vez que te metes en la cosa de los avances ya no hay quien lo pare, ahora tocaba el turno al teléfono. Agua, luz y teléfono. Los tres pilares indelebles del progreso. Valeriano, el alcalde, no quería que las dos únicas familias que seguían viviendo en El Enjambre, aisladas y sin medio de locomoción, salvo una mula y un jumento, tuvieran un día un problema y no pudieran ni pedir socorro por teléfono. O que le diera a alguno una noche un berrinche y muriera abandonado como un perro en esa abrupta sierra. Lo decía de corazón. De corazón sincero y bueno. Nada de politiqueo, que para cuatro malditos votos –si es que vienen a votar, que sólo lo hicieron en las primeras elecciones por estrenar la cosa de la Democracia– no merecía tanto y tanto jaleo. Hablar y requetehablar mil veces con los de la *Telefónica*, conseguir autorizaciones y permisos, para convencerlos de la necesidad de acometer el proyecto. Además de las perras que iba a costar, que mejor no saberlo, no vaya a darte un arrechucho. A sabiendas de que jamás llegarían

a amortizar lo invertido y que era una cuestión de solidaridad y no de dinero. Una Cosa Social, que ya por entonces empezaba a nombrarse de esa manera, para referirse a los pobres de solemnidad. Que hasta para los más desgraciados, el jugar con el lenguaje, suavizando las palabras que hacen daño, parece que ayuda aunque lo que te den no sea un celemín de trigo. Que es lo que verdaderamente arregla los males y el vocabulario. No es lo mismo decir en el pleno del Ayuntamiento: lo del Enjambre es una cuestión social, que decir a las claras que los del Enjambre son unos *arrastraos* muertos de hambre. Unos miserables. En definitiva, un favor particular del alcalde, que quería borrar del debe histórico la incomunicación de esos vecinos. El problema, que bien conocía el ingeniero don Arcadio por las conversaciones mantenidas desde meses atrás con el regidor, era decidir a cuál de los dos vecinos enganchaban el único teléfono que se instalaría en la aldea. A eso iban al Enjambre. A resolver un problema o entuerto. Un problema serio, retorcido, porque los vecinos no se hablaban desde hacía siglos.